

ME LLAMO EDUARDO

Agustín Monsreal Taller de cuento de *Punto de Partida*

Se han apagado por completo los rumores interiores de la casa; afuera, en el patio, la veleta chirría de vez en vez, con una especie de pereza triste, de cansancio repitiéndose; los grillos dicen lo suyo de un modo muy vivo, como todas las noches desde que él se acuerda; Eduardo se dirige a su cuarto, corre el cerrojo con cuidado, procurando evitar que algún crujido dañe la piel frágil del silencio; permanece inmóvil varios segundos, dudando si encender la luz, no, mejor no, para qué, la oscuridad está en los ojos; camina midiendo cada uno de sus pasos, sintiéndolos; prende un cigarro que saca de debajo del colchón, abre un poco los postigos para que, en caso de que llamen a la puerta por sorpresa, no lo descubran por el olor; se sienta en el borde de la cama, frota sus muslos con las manos, haciéndose a la idea de que son otras las manos, otras, tan suaves como tiernas, tan queridas; quisiera tener valor o fuerza o coraje o lo que sea, para gritar, revelarse contra la sensación que empieza a recorrer su cuerpo, a colmarlo de ansias, pero sabe —quisiera no saberlo— que no puede ni quiere resistir; sin detenerse a pensarlo más se acuesta y sobre la almohada, lentamente, inicia el juego de la desesperación de casi siempre, el ritual de la agonía solitaria, la húmeda muerte nocturna que brutal y terco se da a sí mismo; lo lamenta, lo sufre, pero no puede parar, no quiere contener el ritmo caliente que lo impulsa, a cada momento con más rabia y desmesura; entre gimoteos se vence, siente que hebras de luz enferma le estallan dentro y lo envuelven, siente una complejidad que lo maniatada y dispersa hasta hallarse imposibilitado para distinguir si es sueño o recuerdo la desmedida confusión en que se encuentra.

Bajo un sol que nos quemaba de lleno, implacable, yo me abrazaba a ella, a las flores prensadas de su pecho, a su cara, me perdía en el natural olor de sus cabellos, sus orejas, procuraba robar un pedazo de aquella mirada que te sonreía, te prometía la ingenuidad de su vida, sus noches. Tú estabas orgulloso, papá sobre carro cegadoramente rojo, ajeno a los ojos de ella amándote, a los míos, deseando con furia tu desaparición, papá uniforme gala, papá entre tanta gente, admirado, envidiado.

Sabes, ella era toda calor y ternura conmigo, toda suavidades, pero entonces tus pasos en la escalera, la fuerza intempestiva de tu mano empujando la puerta, tu voz grande y olorosa a cigarro anunciándose en forma espectacular, entonces tu maldita insolencia para dejarme solo en la oscuridad hecho una bola de rabia y miedo sobre la cama. No era bueno tenerme siempre colgado de sus faldas, había que enseñarme a ser un hombre, decías, un hombre como tú, decías.

Yo estaba despierto aquella noche de tu retiro final. Desde mi cobijo

entre las sábanas oí los gritos, te vi caer entre los escombros, vi tus manos arrugarse, negrearse al contacto con el fuego, te vi quieto, sepultado. Y la sentí arrojarse sobre mí, refugiarse en mí.

Habías pasado a ser parte del recuerdo, una sombra que desaparecería cuando se guardaran los vestidos negros, una medalla de honor pudriéndose en un cajón cualquiera. Nunca más su devoción sirviéndote la cena, su calor y su intimidad, su lacia impaciencia aguardando tu peso, la violencia bestial de tu deseo siempre ilimitado. Nunca más entrarías por las noches a quitarla de mi lado, a llevar su brazo alrededor de tu cintura, nunca más, papá bombero, papá héroe, nunca más.

Apenas esta acabando la noche, cuando salta de la blandura sofocante del colchón, sale al patio, descalzo, a la humedad del piso que lastima, descalzo y semidesnudo, como con ganas de pescar un resfrío, y estarse metido en la cama todo el día, como con ganas de enfermarse y que ella; se mete al baño, el mejor lugar para pensar, estar a solas, bien a solas consigo mismo; asegura la puerta con la aldaba; por las rendijas se cuelan las primeras boqueadas del amanecer que se va entrando despacio; las palomas erizan la piel con el sonido que producen sus patas sobre las láminas del techo; Eduardo se sorprende de haber despertado sin sentirla transcurrir por la casa, sin oírla decir que se hace tarde, sin experimentar ese sentimiento de vergüenza, ese temor entre huraño y gozoso de que ella pueda sospechar; al poco rato, a través de la pared, escucha los primeros murmullos, están despertando, las palabras que se hacen más claras, ahora el ruido de la calle que entra de golpe, de seguro ella ha abierto las ventanas, y el chicoteo leve de sus pasos cada vez más cerca, llega a la puerta, empuja, toca, aproxima su aliento a la madera.

—¿Eres tú, Eddi?

Sabe que nadie más puede ser pero pregunta; vuelve sus pasos, a medida que se alejan se hacen pequeños y rasposos como los de las palomas; Eduardo va a su cuarto, arregla la cama, pasa la mano a manera de caricia sobre la almohada, se viste; en el corredor repara en su respiración agitada, en que hay algo que le duele, y no sabe qué; dice buenos días al entrar a la cocina, se sienta frente a él, que bosteza y se estira y se golpea el pecho igual que si golpeara un tambor; ella ajetrea, se afana más de lo necesario como siempre que él está presente.

—¿A qué se debe el madrugón, Eddi? — Su voz, la tierna, la querida.

Antes de responder, intenta un sorbo de café, está hirviendo, lo deja, mira a los ojos, a los bigotes grandes de su padre.

—Me llamo Eduardo, mamá.